

Jeroen Olyslaegers

VOLUNTAD

Traducción de
Marta Arguilé Bernal

Círculo de Lectores

UNA REPENTINA NEVADA

Una repentina nevada. Me hace pensar en la guerra. No por el frío u otra molestia, sino por el silencio que fugazmente tiene a la ciudad entre sus garras. Ahora cae a raudales del cielo. Es de noche. Oigo los ruidos cuajar en una nada sorda. Y entonces alguien como yo debe echarse a la calle, muchacho, sea viejo o no. Sé que todos piensan: ahora se caerá y se romperá la cadera. Pronto estará con las patas en alto en una cama del hospital de Sint-Vincentius y luego todo habrá terminado para él, abatido definitivamente por una bacteria de las que proliferan en los hospitales. Es curioso cómo la gente mayor se contagia del miedo ajeno. Por ese miedo dejan que los encierren en asilos, dejan que los alimenten con estupideces y gachas frías, se conforman con una noche de bingo de mierda y una marroquí que les limpie el culo con un trozo de papel de váter. Cada cual es muy libre de conservar su miedo. Yo jamás he sentido miedo, no de verdad, y a este mico viejo ya no se le pueden enseñar trucos nuevos. Fuera la nieve cruje bajo mis botas. No, no son unos zapatos de postín, sino mis anticuadas botas de cordones que he conservado con esmero durante años, que he hecho remendar docenas de veces y que he engrasado casi cada semana; unas botas que ahora me permiten retroceder en el tiempo. Sigue nevando. Una vez vi la imagen

ampliada de un copo en un periódico de la sala de lectura de la biblioteca. Esos copos son piezas únicas, bellos mundos contruidos geoméricamente que ahora caen sin más sobre mi abrigo y mi sombrero. No, no voy a dedicarles ningún poema, nadie los lee ya y mi fuente está seca. La nieve transforma la ciudad, y no sólo la conmina al silencio sino quizá también a la reflexión, al recuerdo; al menos eso es lo que me sucede a mí. Cuando nieva, veo mejor. Cuando nieva en la ciudad, sabes lo que quiere decirte de verdad, lo que ha perdido, lo que olvidará. Renuncia a la ilusión del tiempo pasado.

Ante mí se halla el Stadspark destellando blancura. Espero y cierro los ojos por un instante. La luz amarilla de la calle se vuelve azul, tan azul como el cristal pintado de las antiguas lámparas de gas. Imagínate una ciudad sin apenas alumbrado, sólo un débil resplandor azul en la calle, por miedo a que caiga fuego del cielo. Si alguno de nosotros tenía la suerte de contar con una linterna de mano para la ronda nocturna, consideraba la luz como un privilegio que no era de la incumbencia de ningún alemán, con guerra o sin ella. A fin de cuentas, todo era ya bastante oscuro. Recuerdo que ese descontrol enfurecía a los alemanes. Tuvieron que amenazar con multas ridículas y hasta con la pena de muerte antes de que los ciudadanos fuesen más cuidadosos con su luz. He visto a Feldgendarmes montar en cólera cuando nos pillaban usando las linternas sin tapar. ¡Sabotaje! Y que si esto, que si lo otro. En la comisaría, nuestro inspector nos miraba: «¡Venga, chicos! ¡Tomáoslo en serio!». Nada de reprimendas, debíamos tomárnoslo en serio y se acabó. Bueno, nos habíamos quedado en el Stadspark, bañado por una débil luz azulada. Pero yo giro a la derecha. Entro despacito en la Quellinstraat. Tu bisabuelo ya no se fija

en los escaparates. Contemplo la ciudad tal y como es de verdad: una mujer desnuda con una estola de piel blanca sobre los hombros, una de esas a las que un cirujano tras otro no puede quitarle las zarpas de encima; que si un pecho nuevo, que si otra cara. Magníficos edificios han sido derribados aquí, bloques de oficinas han ocupado su lugar. ¿Sabías que antes había un gran hotel en la esquina de la Keyserlei, cerca de la ópera? Fue construido por un alemán antes de la guerra del 14. ¿Aprendiste algo en el colegio sobre Peter Benoit? Probablemente no y, en mi opinión, ni falta que hace. Antes nos enseñaban nombres y fechas, cosa que ahora se considera un error. Pero nadie, ni antes ni ahora, te suelta el bofetón que la historia es en realidad. Lo más jodido es que no se acaba nunca, no de veras. Sigue y sigue. Peter Benoit se ha convertido en el nombre de una calle. Cuando yo estaba en la escuela, casi teníamos que postrarnos ante él. «Enseñó a cantar a nuestro pueblo.» Un auténtico héroe, vaya. Delante de la ópera había una estatua de ese compositor, tan venerado en otros tiempos, rodeada por lo que la gente de entonces llamaba *la piscina de Camille* en honor a un alcalde del que seguramente no habrás oído hablar jamás y al que, si te soy sincero, yo sólo recuerdo vagamente. Así pues, el laureado artista, el hombre que dio lecciones de canto a su pueblo y que se alzaba ahí, inmortalizado en bronce, miraba por encima de un estanque adonde iban a mear los borrachos. La estatua fue trasladada, la llamada piscina fue desmantelada, y en cuanto al gran hotel que frecuentaban los elegantes oficiales alemanes para tomar un aperitivo con sus amigas durante la Segunda Guerra Mundial, ahora hay en su lugar un monstruo de hormigón que descuella sobre nada en particular. «¿Así, todo era mejor antes, yayo?», me parece oírte pensar. Y, por cierto, si

tú y yo pudiéramos vernos, si la familia que un día formé y que ahora no quiere saber nada de mí nos lo permitiera, estoy seguro de que me llamarías «abuelo». La palabra *yayo* se está perdiendo. Pero te aseguro que antes no era mejor, sólo igual de malo. La imaginación lo es todo. En el principio no existía el Verbo y, desde luego, no estaba con Dios. En el principio existía la imagen de la oscuridad, no lo olvides. Me detengo un momento en mitad de la calle. Dos grandes banderas negras cuelgan de un edificio que ya no está. En cada una de ellas hay dos runas que parecen rayos. Estoy ante el cuartel general de las SS en Flandes. Aquellos uniformes... Los polis nos volvíamos locos. A uno de mis colegas le cayó una bronca por no saludar a un mamarracho vestido de negro que ni siquiera era alemán, aunque estaba claro que habría preferido ver la luz por primera vez en, digamos, BimBamBaviera. Fantoches. Con tantos uniformes distintos no había forma de saber cuándo había que saludar y cuándo no. Te juro que a menudo tenía que morderme la lengua. Algunos de aquellos fanfarrones no tenían ni pizca de respeto, con tipos así daba lo mismo ir en pelotas. Al final de la calle tuerzo a la derecha. Deben de ser las cuatro de la madrugada. Sigue habiendo un silencio absoluto, sigue cayendo la nieve y no se ve ni un alma. Bueno, salvo por un drogadicto que me pide un euro. «Vete a tomar por culo», le digo. «Oye, viejo», farfulla. Miro de hito en hito sus ojos enrojecidos y le digo que ya estoy devorando su alma como un cancerbero infestado de lombrices, y que se largue de mi vista antes de que me apodere por completo de él. Tu patriarca se merienda a esa clase de gente, ¿lo sabías? ¿No me crees? Ya lo harás. Y quizá será una pena. Echo un vistazo. A mi derecha, al final de la Keyserlei, está la estación central, la catedral ferroviaria conocida

como Middenstatie, aunque ya nadie la llame así. A mi izquierda, en la esquina de la Keyserlei con la Frankrijklei, está el café Atlantic, y encima, el hotel Weber, el cuartel general de la Feldkommandantur. Por ahí pululaban todos aquellos hombres vestidos de gris de campaña, primero con aire triunfal, arrastrándose de una cena elegante a otra, donde eran recibidos siempre con la debida consideración: su jefe, por ejemplo, se inclinaba sobre una carpeta con antiguos dibujos a tinta de la ciudad que nuestro alcalde le había ofrecido como obsequio bizqueando como un búho sedado... Tanto revuelo para que apenas tres años más tarde representasen de nuevo su propio triunfo pasado, aunque para entonces ya supieran de sobra que su imperio milenario tenía las horas contadas. Ahora me desvío a la derecha, en dirección a la estación, y al cabo de unos diez metros vuelvo a girar a la derecha por la Vestingstraat. Hace frío, tengo unos veinte años. A cincuenta metros está la comisaría de policía del sexto distrito, mi distrito. Alguien grita a mi espalda:

—¡Wilfried!

No es mi verdadero nombre, pero ya te hablaré de eso más adelante. Un fulano llamado Metdepenningen, Lode, me alcanza y me da una palmada en el hombro. ¿Te dice algo ese nombre? Puede que sí. Pero no quiero poner todas mis cartas boca arriba de una vez. Sigue leyendo y todo se aclarará.

—Se me están congelando las pelotas, tío. —Lode resbala, está a punto de torcerse el tobillo. Consigo agarrarlo del codo en el último segundo y suelta un taco.

Acabamos de completar juntos nuestra instrucción. Tres meses oyendo estupideces y ya somos auxiliares de policía, lo que básicamente significaba que debíamos obedecer a cualquiera de más graduación y tener el uni-

forme limpio. Durante ese periodo vi a Lode morder con ahínco su lápiz y mirar fijamente aquella pizarra. Siempre que hacían una pregunta, él levantaba la mano. Un pelota, sin duda, y también un chico guapo: el pelo negro como el azabache, una sonrisa traviesa. Era hijo de un carnicero de la Astridplein. Fue Lode quien empezó nuestra amistad. Uno de esos tipos que después de la primera semana ya te dice que serás su amigo para toda la vida. «Cada día me enseñas algo nuevo...», aún lo oigo decir. Justo en el momento en que empezamos a subir los cuatro escalones hasta la comisaría, salen dos Feldgendarmes. Nos miran y uno de ellos ladra:

—*Sofort mitkommen!*¹

Algunos estereotipos son ciertos sin más. Todos esos alemanes uniformados hablaban así. De modo que los acompañamos, porque a esas alturas ya sabíamos que no nos quedaba otra que obedecer. Normalmente debíamos presentarnos para recibir órdenes, pero si un Feldcapullo ruge, lo sigues. Enfilamos por la Pelikaanstraat en dirección sur. Lode y yo caminamos detrás de los dos superhombres de uniforme en completo silencio, como un par de niños castigados. Los alemanes no llevan aquí ni siete meses y es como si todo fuera suyo desde hace años; la ciudad se ha abierto de piernas frente a esos hombres. Hay reglas para todo. Los peatones que van desde la Middenstatie hasta la calle Meir deben circular por la derecha; los que quieren ir en la dirección contraria, por la izquierda, ¡y ay de ti que vayas a contracorriente por equivocación! Si alguien hubiera propuesto algo semejante durante los años anteriores a la guerra, la gente se

1. «¡Venid de inmediato!» (*Todas las notas al pie son de la traductora.*)

habría muerto de risa y ahogado las carcajadas en espuma de cerveza. Pero ahora, cuando uno de esa raza superior abre la boca, todos hacen lo que se les ordena, y encima están contentos: orden, por fin. Cruzamos la calle y pasamos por debajo de las vías en dirección al Kievitswijk. Nos detenemos dos calles más allá, junto a una casa con la fachada descascarillada. Uno de esos Feldgendarmes se sacude el polvillo de nieve y llama a la puerta con fuerza. Entre tanto, el otro nos dirige una mirada de «ahora vais a ver». Pero no sucede nada. La casa sólo parece más silenciosa por culpa de los golpes. El puño vuelve a martillar la puerta. Ahora oímos un ligero rumor. Alguien baja la escalera lamentándose en una lengua que no entiendo. La puerta se abre con un chirrido. Por la rendija vemos un rostro ominoso de grandes ojos. De pronto la cabeza se estampa contra la puerta cuando los dos tipos la abren de golpe.

—¿Chaim Lizke? —ruge uno de ellos.

Oímos un murmullo. Los dos alemanes entran rápidamente, uno nos indica que esperemos fuera y cierra la puerta.

—Seguro que es otro refractario que se niega a cumplir con el trabajo obligatorio —susurro.

Lode no dice nada. Patea contra el suelo para combatir el frío. Tiene la mala fortuna de no poder permitirse unas botas tan recias como las que calzo yo. Debes saber que, en aquel tiempo, el suministro de uniformes era un desbarajuste, un «nido de urracas», como dicen en esta ciudad. El que tenía dinero para conseguir suficientes cupones de ropa iba más presentable que el resto. También eso volvía locos a los alemanes. Unos años más tarde nos obligaron a todos a comprar los nuevos uniformes que ellos mismos habían diseñado. Pero la medida no hizo

más que empeorar las cosas porque para entonces sólo unos pocos inspectores estaban en condiciones de poder comprarse uno. Todos intentábamos llevar algo que al menos se viera presentable de lejos, y confiábamos en que no nos jodieran ni unos ni otros. Mientras, ha estallado un gran follón en la casa. Gritos y llanto. Oímos a niños chillar. Un armario se vuelca. Alguien baja rodando por la escalera. Más gritos. Pero las órdenes ladradas en alemán se imponen sobre todo lo demás. La puerta vuelve a abrirse de golpe y ahí están: la familia Lizke. Cinco niños a medio vestir entre los cuatro y los doce años, una mujer llorosa con un pañuelo torcido en la cabeza y el padre de familia que mira al suelo mientras la sangre le gotea de la oreja hinchada. «Una colección de israelitas», habría dicho irónicamente Barbita Feroz. Ya volverás a encontrártelo más adelante en esta historia. Te diré las cosas como son: no tengo ni idea de lo que esa gente echaba en el puchero, pero el resultado no causaba muy buena impresión: apestaba.

También hay que decir que a veces se me revolvía el estómago al ver a Lode. Ese chico apestaba a sangre y vísceras de un modo indescriptible. Siempre he sido muy sensible a los olores; mi padre solía decir que tenía el olfato de una preñada. Lo decía en broma, por supuesto, pero le habría partido la cara cada vez que soltaba el comentario, preferiblemente durante una fiestecilla con muchos borrachos alrededor.

Uno de los Feldgendarmes nos hace un gesto y con el dedo enguantado nos señala un papel. Subraya una di-

rección: Van Diepenbeekstraat. Ahí es donde tenemos que ir y ellos no saben cómo llegar. Lode evita mi mirada, como si él no estuviera ahí. La calle no queda muy lejos de mi casa. ¿Seguir las vías y luego pasar por debajo del puente de la Van den Nestlei? Asiento a los alemanes. La dirección se encuentra en el séptimo distrito. No es el nuestro, pero no estoy tan loco como para hacérselo notar. Y allá vamos. Nosotros delante con uno de los alemanes al lado y los extranjeros detrás con el otro Feldcapullo. La mujer sigue llorando, su marido le susurra palabras de aliento. Sospecho que es polaco, aunque bien podría ser hebreo o qué sé yo. El Feldgendarme masculla algo y oímos que le suelta un bofetón al hombre. Y, ¡hala!, los críos vuelven a echarse a llorar. Yo habría enfocado las cosas de otro modo y sospecho que Lode también, pero ¿quiénes somos nosotros? Un par de guías urbanos a horas intempestivas. El suelo está muy resbaladizo, la nieve ya no cruje bajo los pies sino que ha convertido las calles en una pista de hielo. Los alemanes pretenden mantener un ritmo que una familia con niños pequeños es incapaz de seguir. Los críos se caen de culo cada dos por tres. Más paradas, más gritos, más patadas, más lloros. Lode continúa sin decir ni pío. Veo que se le crispa la cara. Rememorar la escena ahora me hace pensar en el mar. En aquella época yo aún no había ido nunca al mar, pero cuando más adelante fui y me encontraba en la playa, mordisqueando un gofre y fingiendo que todo aquello valía mucho la pena, vi a una familia numerosa batiéndose en retirada con sus bártulos, sus tumbonas y parasoles y con los niños nerviosos perdidos y rojos como un tomate. El padre explotó, arrastró bruscamente a uno de sus hijos menores por la arena mientras cargaba a una de sus hijas en el otro brazo y su mujer, que también iba

con un niño en cada mano, aguantaba con vergüenza las miradas furiosas de la gente de alrededor. Juro que en ese momento vi nevar a una temperatura de treinta grados. Y te aseguro que también entonces oí que alguien gritaba en alemán.

—*Wier zind bald daar*¹ —le digo a uno de los Feldgendarmes.

Es un alemán chapucero, lo sé, pero estoy tan harto ya de esa ridícula situación que por primera vez me valgo de su lengua, ni que sea para calmar un poco esa escalada de rabia, porque así no se adelanta nada, no conseguirán que esos israelitas se pongan a patinar como locos de puro miedo. Además, lo que he dicho es verdad, ya casi hemos llegado, porque acabamos de volver la esquina de la Van Diepenbeekstraat.

—Esa señora y esos niños también son refractarios, ¿no? No te jode —me susurra Lode. Le tiembla la voz—. En serio, ¿son maneras de comportarse?

No digo nada. ¿Qué voy a decir? Lo que él constata, lo sé yo también. Pero les seguimos la corriente, los acompañamos, los guiamos, obedientes y solícitos, a una dirección escrita en un trozo de papel. Sale la luna y hace brillar el hielo de la calle como si fuera plata. Y entonces sucede. Uno de los niños, un chico de unos doce años, se zafa de la mano de su padre y echa a correr. Oímos al padre gritar. El Feldgendarme que camina delante a nuestro lado no hace nada durante unos instantes. Está tan sorprendido como nosotros de que ese chiquillo con sus escuálidas piernas corra por el hielo como un potrillo recién nacido que apenas puede tenerse en pie. El chico no tarda ni cinco segundos en caerse. Antes de que consiga ponerse en

1. «Casi hemos llegado.»

pie de nuevo, el Feldgendarme lo alcanza y le da una patada en el culo... Increíble. Lo vemos deslizarse por el hielo como si fuese un auténtico trineo hasta que se estampa de cabeza contra una farola y se queda inmóvil. Los alemanes se parten de risa y, en realidad, sería una escena cómica si no fuera porque la madre lanza un grito como si le estuvieran retorciendo un cuchillo dentado en las entrañas y se desmaya. Su marido junta las manos llorando y las eleva al cielo como si sus ruegos fueran a lograr que el Todopoderoso restaurase el orden con una flamígera espada, o al menos ese gesto fuese a sacarlo del «modo apagado» y le hiciera ver lo que está sucediendo aquí abajo.

—*Aufstehen!*¹

Resuena la orden, tanto para la madre como para el chico, que se encuentra un poco más allá. El alemán que está más avanzado hace amago de ir hacia él, pero Lode se le adelanta. Va tan rápido que se diría que lleva patines. Alcanza al chaval, se arrodilla e inclina todo el cuerpo alrededor del chico como si fuera una envoltura, una concha de caracol hecha de músculos. No lo suelta, ni siquiera después de que el Feldgendarme, sonriente aún, lo exhorte y le diga en un tono más tranquilo:

—*Schon gut.*²

El alemán lo exhorta de nuevo y luego le da a Lode un puntapié en el trasero, casi en plan jugueteón.

—¡Que te den por culo, cabrón! —ruge Lode. Por su voz se nota que está llorando. Le veo una parte de la cara enrojecida, su bonito pelo negro engominado cae en mechones sobre el rostro del chico, su casco blanco está sobre la nieve un metro más allá, como un orinal bostezante.

1. «¡Arriba!»

2. «Ya está bien.»

El alemán pierde el sentido del humor y soltando una imprecación echa mano de la porra. Antes de darme cuenta siquiera, mi mano sale disparada y mi puño se cierra alrededor de la muñeca del Feldgendarme como un torno. El alemán y yo nos miramos. Lo que me salvó, muchacho, fueron esos pocos segundos de desconcierto en la cara de aquel Feldcapullo. No puede creer que eso esté sucediendo en este ridículo país que han ocupado casi sin esfuerzo. En esos escasos segundos no logra asimilarlo. Que en esta ciudad donde han instalado el culo un moco-so insignificante como yo con un ridículo uniforme le apriete la muñeca con fuerza y mire su cara arrogante es sencillamente una escena que no pueden comprender. Bien, pues lo suelto y él no hace nada. Sigue mirándome mientras su compañero levanta a la madre de un tirón y mantiene a raya a los niños. También el padre de familia nos mira a mí y a Lode, mira cómo recojo el casco que está en la nieve, cómo le pongo la mano en el hombro y lo ayudo a levantarse con delicadeza mientras él sigue cargando al chico en sus brazos. Mira cómo sacudo la nieve del lloroso Lode y cómo éste limpia la sangre de la frente de su hijo y, a continuación, con el pulgar y el índice le frunce un poco los labios de la boca entreabierta, como si fuera a salvar a un ahogado haciéndole el boca a boca. En ese instante los ojos del chico se abren ligeramente y Lode da un profundo suspiro y estrecha más contra sí el cuerpo espigado. No quiere su casco. Sin decir una palabra o mirarnos siquiera, echa a andar con el chico en brazos y la cabeza bien alta, y todos lo seguimos en silencio, hasta los alemanes, como en una pelea familiar en la que el padre bebido se recupera de su desenfundada borrachera y repentinamente mudo ve los estragos que ha causado. Tampoco los dos compañeros que están haciendo guardia en

la entrada del viejo almacén de camas del ejército, el destino final de esa delirante caminata, dicen nada al vernos llegar. No han presenciado lo sucedido, pero es probable que hayan oído el jaleo. Permanecen ahí, pálidos y tiesos, observando a Lode sin casco y con ese crío en brazos, como el resucitado héroe de Hollywood Errol Flynn, al que seguramente casi nadie conoce ya, y se olvidan hasta de saludar a los alemanes. Antes de que lo arrastren al interior con el resto de la familia, el padre toma con cuidado a su hijo de los brazos de Lode, mira a mi camarada a los ojos y murmura algo. Y a continuación desaparecen, engullidos por la hueca oscuridad que reina en ese edificio, como si jamás hubieran existido. Lode y yo nos quedamos fuera. Deberíamos largarnos de allí inmediatamente, pero mi compañero no tiene ganas de irse aún. Traga saliva, se arregla el pelo, me coge el casco de las manos y luego les pregunta con aplomo a los guardias si tienen cigarrillos. Fumamos mientras la nevada se reanuda indecisa. Uno de los guardias, un policía de unos treinta años con mostacho al que todos conocen como Gust el Bizco porque le bailan los ojos a la que lleva cinco vasos de cerveza negra, nos dice que mañana meterán a toda esa caterva de gente en un tren con destino a Limburgo, a Sint-Truiden para ser exactos. Nadie le pregunta qué harán con ellos una vez lleguen allí.

—Y a mí me toca ir en ese tren —añade Gust el Bizco—. Será para verlo. Pero me pagarán un dinerillo extra, así que no seré yo el que se queje.

Lode inhala el humo hasta el fondo de sus pulmones y le pregunta cuánto.

—Cuarenta y cinco francos —contesta Gust.

—No está mal —dice Lode mientras tira la colilla en la nieve.

El inspector nos mira desde detrás del mostrador y suspira. Saca el Registro de Incidencias, un grueso cuaderno de rayas horizontales azules y una raya roja vertical en el margen, y moja la pluma en el tintero. Ambos escuchamos el relato de Lode, cuya ira vuelve a encenderse a medida que avanza el dictado, lo que a su vez me vuelve a poner nervioso a mí. Al final, el inspector deja la pluma, se quita las gafas de montura redonda y me mira cansado.

—¿Estás de acuerdo con lo que acaba de contar tu camarada?

Le digo que, en realidad, los alemanes no nos han dicho en ningún momento de qué se acusaba a la familia.

—Tu compañero ha dicho que los acusaban injustamente de algo, que es muy distinto. ¿Os han mostrado esos hombres algún papel?

—Sólo uno donde figuraba la dirección del almacén de camas.

Lode golpea el mostrador de madera con la mano.

—¡No es normal, jefe! Esos niños eran menores de quince años. ¿Una mujer y un montón de críos? ¿Y cómo sabemos además que el padre era un refractario? ¿Es que todo el mundo se ha vuelto loco?

Un chasco. Pero ¿qué quieres? La mayoría de la gente habla sin pensar. ¿Sabes que tuve que convencer a Lode para que prestara declaración? Me costó lo mío en el camino de regreso. Él repetía una y otra vez que era mejor no seguir hurgando en la mierda. Sólo había aireado su disgusto, nada más. Pero andaba muy desencaminado. Precisamente, lo que había que hacer era dar parte. La razón era bien sencilla: debíamos suponer que aquellos

dos Feldcapullos harían exactamente lo mismo en cuanto regresaran a la Feldkommandantur, y que, por lo tanto, había una posibilidad razonable de que nos llamaran para un requerimiento. Aquellos hombres eran concienzudos y probablemente habían anotado nuestra identificación. Si no dábamos nuestra versión de los hechos, estaríamos en una situación mucho peor. Había un solo detalle importante en el que debíamos ser muy claros y así se lo recalqué a Lode. Yo había detenido a aquel Feldgendarme porque temía que atacara a mi compañero. Eso era lo único que contaba, lo demás no era asunto nuestro. Teníamos que cubrirnos las espaldas. Al final Lode acabó dándome la razón. Pero me equivoqué al juzgarlo y, sobre todo: yo debería haber hablado primero, porque en lugar de concentrarse en ese único hecho mientras declaraba, su furia volvió a jugarle una mala pasada y no pudo evitar formular una acusación y subrayar en su testimonio la gran injusticia de la que creía haber sido testigo... Había algo más, algo que yo sólo llegaría a comprender más tarde. Si Lode me lo hubiera contado en ese momento, no lo habría creído aunque me lo hubiera jurado por lo más sagrado. Lode conocía a aquel extranjero. Conocía al judío Chaim Lizke al que habíamos ayudado a arrestar junto a su familia.

—Imagino que sabrás, Metdepenningen, que esto irá a la Feldkommandantur.

—Y al alcalde también, ¿no?

El inspector se rasca detrás de la oreja y vuelve a ponerse las gafas.

—Pero bueno, chaval, ¿es que vas a enseñarme cómo tengo que hacer mi trabajo? ¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí, mocoso? ¿Cinco semanas? ¿Qué tendrá que ver el alcalde con esto?

Al inspector se le ha agotado la paciencia y Lode se ha dado cuenta por fin. Duda, titubea.

Hace poco lo he descrito como un héroe de Hollywood y no retiro ni una sola palabra de lo dicho. Causaba impresión, estaba poseído y rodeado por una fuerza que pocas veces se ve y que se asocia, tal vez con razón, con héroes largamente olvidados o con un dios en su aterradora belleza. Pero en general la gente es patética, no es consecuente y sobre todo se engaña a sí misma. Nadie es un héroe siempre.

—Bueno, qué, ¿vas a decir algo más?

Lode traga saliva audiblemente.

—Se trata de un caso de mantenimiento del orden público y eso es competencia del... humm...

El inspector junta casi el índice y el pulgar y dice:

—Te falta esto para tener que hacer el servicio nocturno lo que queda del invierno. ¿Es eso lo que quieres?

—Mira a Lode y luego a mí, el razonable—. La palabra *injusticia* no aparecerá. Y ahora largo de aquí.

Una vez en la calle, Lode sostiene que el inspector es un topo, que ya antes de la guerra estuvo preparándose con sus camaradas y que con ellos forma parte de una sociedad secreta que tiene por objeto desestabilizar la ciudad y el Estado, o más bien doblegarlos, con violencia o sin ella, a los caprichos del invasor. Mientras me lo cuenta en esa noche de finales de enero de 1941, me imagino a un montón de hombres enmascarados que, a la luz de las

antorchas titilantes, juran lealtad eterna a su hermandad y a su nueva patria. En ese momento ya sé que existe la traición sin necesidad de que me asalten espontáneamente imágenes *kitsch*. Pero esto último es algo que desde niño no puedo remediar.

Yo tenía unos siete años cuando mi padre me contó que en otros tiempos la familia de mi madre había vivido en un pequeño castillo. Aquella noche tuve un sueño: estoy en medio de ese castillo y lo primero que siento es el frío estremecedor de los suelos de mármol bajo mis pies descalzos. Mi madre está en lo alto de una empinada escalera y me hace señas. Una puerta enorme se abre de golpe. La sigo, pero no logro darle alcance. Una tras otra se van abriendo las demás puertas, todas ellas recargadas con exuberantes adornos labrados en madera: ángeles que se hacinan unos sobre otros, águilas que se picotean el buche, serpientes que se retuercen. La última puerta se abre. Mi páfida madre ha desaparecido. Veo a una condesa clavarse las uñas en el cuello buscando restos de podredumbre. Luego aparece una sirvienta con una cofia blanca y vomita sangre en el retrete. Veo a un conde con armadura de caballero alzando la espada en el salón del trono y con la locura arremolinándosele en la boca. Un anciano vestido con harapos levanta un dedo admonitorio mientras un perro le lame los pies descalzos. Hay un estandar-te que huele a moho tirado descuidadamente al pie de la escalera. Fuera hay peces boqueando en un estanque seco, abrasándose al sol. Alrededor de esa piscina de barro yacen montones de hombres, mujeres y niños destrozados, sobre los que pululan millones de moscas verdes que entran y salen y ponen huevos. Y, por supuesto, también hay

hombres con antorchas. Aquella mañana amanecí con gripe.

—Nosotros no podemos fiarnos de nadie, Wilfried.

—¿Y quién te dice que yo soy de fiar?

Lode parece visiblemente sorprendido, me mira, me escruta el semblante en busca de algún atisbo de ironía o de burla y al final decide echarse a reír.

—¡Anda ya! ¡No seas comediante!

—Lo digo en serio. ¿Quién te dice que exista un «nosotros»? ¿Quién te dice que haya alguien de fiar?

—¡Tú sí! —exclama él, y me da un buen empujón—. Tú sí.

¿Yo sí? Eso está por ver, muchacho, y no estoy bromeando. No es que alguien como yo hubiera estado en condiciones de traicionar a Lode por algún motivo y de ese modo permitir su persecución, y, quién sabe, tal vez su deportación y finalmente su muerte. Puede sonar algo pillado por los pelos, pero no lo es en absoluto. Dos años después del empujón que Lode me da, cuando los alemanes ya han empezado a cagarse de miedo, arrastran a la gente a un campo de concentración por mucho menos. En cualquier caso: ¿había alguien digno de confianza, aunque no hiciera nada para perjudicar o traicionar a su compañero? En una vieja película policiaca francesa de los años setenta, el personaje que representa Alain Delon dice que sólo hay una actitud correcta para tratar a un policía, y es una mezcla de ambigüedad y desdén. Lo que me hizo gracia al oírsele decir tan fríamente era el hecho de que el propio Alain Delon interpretaba a un policía. En cualquier caso,

ser poli es un oficio raro. Ya te contaré después lo que tu bisabuelo padeció por eso. ¿Y por qué no ahora? Así nos lo quitamos de encima de una vez. Acepté el trabajo en el que me enchufaron para escapar del servicio de trabajo obligatorio que habían impuesto los alemanes. ¿Notas ya la «ambigüedad» ladrándote al oído? Un chico se hace policía para que no lo lleven a trabajar a Alemania y como policía ayuda a arrestar a otros que quieren eludir ese mismo servicio de trabajo obligatorio. Aunque, por descontado, en el caso de la familia Lizke y sus congéneres no se trataba de trabajo. De todos modos, en el invierno de 1940 a 1941 ni los propios alemanes sabían aún qué hacer con toda esa gente. Tenían que irse, y ya está. Por otra parte, en la ciudad había bastantes que se quejaban de que aún hubiera judíos por ahí. Mucho estaban tardando, en su opinión. A ver si se aclaraban, que hicieran su trabajo o se marcharan, como suele decirse. Porque si crees que ese pueblo es tan peligroso y condenable, ¿cómo permites que tales parásitos sigan rondando por aquí? ¿Cómo es posible que esa raza superior siga tolerando en las calles al enemigo del pueblo? ¿De verdad van a esperar a que esa chusma se adapte a nuestros usos y costumbres por miedo? Pues ya podemos esperar porque eso no sucederá jamás. Una sanguijuela sólo sabe hacer una cosa, no se adapta nunca. Los alemanes llevaban aquí desde mayo. Habían ocupado el país entero en cuestión de un par de semanas como si tal cosa. ¿No les daba vergüenza ser incapaces ahora de limpiar el resto? Y, claro, después empezó a correr la historia de que todo era por los dichosos pedruscos; que los judíos podían quedarse porque eran necesarios para garantizar el orgullo y la prosperidad de esta ciudad, a saber, el negocio de los diamantes. Todos eran lobos de la misma camada, decían, hasta los

alemanes cedían ante el vil metal. Un compañero de mi padre que trabajaba en el ayuntamiento me contó que, apenas un mes antes, todos los judíos habían tenido que ir a registrarse a la Gildekamersstraat, situada detrás del ayuntamiento. La gente no paraba de llegar, todos los de la oficina tuvieron que hacer horas extra, según el compañero de papá. La cola llegaba hasta la calle, donde esperaban bajo la lluvia con sus grandes paraguas negros. Los «emplazaban» a presentarse con sus cédulas de identidad, lo que naturalmente era una fórmula burocrática para decir que los «obligaban». «Lo que llegué a ver allí, chico... ¿Qué era todo aquello? Si supieras la de tipos que entraban y el montón de papeles que llevaban consigo. No sabías ni por dónde empezar. Polacos, alemanes... Familia por aquí, familia por allá... Y con esos nombres. Algunos de ellos llevaban años viviendo aquí, pero no hablaban ni una palabra de neerlandés, ni siquiera francés. Pero ojo, que no todo eran barbudos y abrigos negros, a veces entraban mujeres, auténticas diosas. Te caías de espaldas sólo de verlas... Costaba creer que aquellos bellezones pertenecieran a la estirpe de Abraham.» El compañero de mi padre pidió que volvieran a llenarle el vaso. Unas semanas antes de aquel registro masivo ya habían exigido a algunos cafés y restaurantes que indicaran en la puerta que el negocio estaba en manos de judíos. Pero todas aquellas medidas no les bastaron a las viejas y a los babosos, a los quejicas y a los camorristas. Y va y resulta que de pronto todos sus deseos se ven cumplidos. Meten a una porrada de judíos en un tren y se los llevan a Sint-Truiden, la ciudad de la fruta, y de rebote se arma allí otro follón. Se oyen quejas y lamentos. «¿Por qué tiene que tocarnos a nosotros aguantar a esos extranjeros? ¿Sabben cuánto cuesta? ¿Y qué coño van a hacer aquí? ¿Ayu-

dar a recoger manzanas? ¡Estamos en plena temporada!» A los tres meses, los alemanes dejaron que toda esa gente volviera a la ciudad. Ahora ya nadie se acuerda de eso en vista de que dos años después de ese desastre sí supieron qué hacer con los judíos y los trasladaron mucho más al este de Limburgo, a lugares donde el fuego consumía cadáveres día y noche y las chimeneas humeaban sin cesar. No, en ese momento aún no conocíamos esos detalles, claro, pero ninguno de nosotros se tragaba que llevaran a los israelitas y a los demás a lugares donde se les daría la oportunidad de ganarse un lugar en el Reich con el sudor de su frente. Fueron los malditos cobardes los que aseguraron otra cosa después de la guerra, algunos de ellos siguieron mostrando su rastrera moralidad de esclavos al sopesar las cosas, lo que habían visto y lo que no, poniendo énfasis en lo que «no», y cuya repentina miopía otros consideraron creíble por la sencilla razón de que todos, de lo más alto a lo más bajo, del secretario general al gobernador, del alcalde a los mocosos con uniforme como yo, éramos vulnerables. Eran tiempos difíciles, sigues oyendo decir a mucha gente incluso hoy, y además hay que verlo todo en su contexto. Le doy la razón a Alain Delon y añado que su opinión sobre los policías es extensible a todo el mundo: eran tiempos de ambigüedad y desdén, y en eso no se diferencian de otros tiempos. O, mejor dicho: jamás llegaron a irse, sino que siguen planeando sobre nosotros.

Años antes de que tú nacieras ya me había planteado en más de una ocasión poner por escrito mis experiencias. Te contaré cómo fue. Estamos en 1993. Me hallo en mi despacho con vistas al Stadspark y estoy ocupado orde-

nando mis papeles. No, finjo estar ocupado. En la habitación de al lado, tu bisabuela está llorando sobre nuestra colcha. Eso me saca de quicio. La impotencia es agotadora, aísla a las personas como yo. Por supuesto que sé por qué llora. Pero no quiero sentirlo. No quiero pensar en ello. Y su llanto hace que desee por encima de todo no estar aquí. En fin, es casi mediodía. No hay comida en casa, tengo hambre y es evidente que mi mujer no tiene la menor intención de hacer algo al respecto, y, por descontado, yo no pienso pedirselo. Me apetece un *potjesvlees*, una *rillette* de pato para ser exactos, y conozco una buena carnicería en la Carnotstraat. Lo principal es salir de aquí porque no aguanto ese lloriqueo ni un segundo más. Hace buen tiempo, estamos a comienzos de primavera. Amberes ha sido elegida capital cultural europea y por todas partes hay carteles publicitarios con una fotografía. Si mi opinión hubiera contado para algo, habría votado poner la imagen del cuadro *La loca Meg*. Es un milagro que podamos ver esa excepcional pintura de Bruegel el Viejo en la salita de un pequeño museo, ese mero detalle ya dice mucho de lo que somos en esta ciudad, y el propio cuadro también lo revela. En él se ve el terror en estado puro, la rapiña en la boca del infierno. El hecho de que no haya que esforzarse mucho para ver esa revelación no la hace menos reveladora. La loca Meg corre y brama por un paisaje delirante, plagado de guerra y recuerdos en rojo, marrón y negro. Tiene los ojos desorbitados, de modo que lo ve todo y no ve nada. ¿Ha causado ella ese horror o sólo toma parte en esa vileza y no hace más que seguirle el juego? Deberías pasarte algún sábado por ese museo para contemplar el cuadro con detenimiento. Es verdad, puede verse por internet y un chico de tu generación encuentra más de lo que busca. Ve a

ver el cuadro en persona y luego averigua por qué esa revelación está colgada aquí; quizá consigas deducir por ti mismo por qué dice tanto de esta ciudad. En fin, volviendo a 1993, tal vez una foto de Stan Laurel y Oliver Hardy vestidos de presidiarios y con una pala junto a la cabeza baste para anunciar un año cultural. Parecen desconcertados, como sólo ellos pueden estarlo. Está claro que acaban de intentar cavar un túnel para lamentablemente terminar de vuelta en su propia celda. Los miro y me reconozco a mí mismo. Sobre sus cabezas de chorlito figura la pregunta: «¿Puede el arte salvar al mundo?». «No me jodas», pienso. Quiero una tostada con *rilette* de pato, pero al final de la Quellinstraat no tuerzo a la derecha en dirección a la Carnotstraat, porque de pronto tengo más sed que hambre, y sigo caminando hasta la Geuzenhofkes, la plaza que sólo llaman así los viejos ciudadanos de Amberes como yo, donde antes había cuatro parterres y en el centro de cada uno se alzaba una bonita estatua de un pintor célebre o un alcalde notable rodeada de árboles a cuya sombra en otro tiempo se sentaban y se cogían las manos las parejas de enamorados. Ahora hay autobuses rugiendo permanentemente para sacar lo antes posible de la ciudad al montón de gente que vive en las afueras. Ahí, en la esquina, en el lateral de la ópera, hay un gran café con columnas que presume de marchita elegancia y donde a veces me encuentro con viejos compañeros. Son alrededor de las once de la mañana. No hago más que entrar en el café cuando alguien exclama: «¡Mirad quién viene por aquí!». En medio de la sala hay un par de amigos míos jugando a las cartas. Me alegro de verlos y de no tener que sentarme solo a una mesa a beber como una triste planta mientras me dedico a jugar con los posavasos de puro aburrimiento. Richard,

una mole de hombre y un compañero mío que apenas un año más tarde saldrá del hospital y en lugar de estómago llevará una bolsa de plástico colgándole por fuera con la que seis meses después se irá a la tumba hecho un esqueleto andante, me hace una seña. Otro de los jugadores de cartas se llama Leo. Desde que se enteró de que soy poeta, ese pelele me llama Maestro, medio en serio, medio en guasa. Por si fuera poco, sólo hace un par de años que lo sabe, aunque yo lleve ya cuarenta puñeteros años publicando, pero su actitud es típica en esta ciudad, típica a más no poder. A los otros dos jugadores apenas los conozco. Me siento a su mesa y pido una cerveza. Están jugando al *whist*, un juego que nunca he llegado a entender del todo. Tomo un sorbo de cerveza y miro alrededor. «¡Va de picas!», exclama Richard, y me guiña el ojo mientras se limpia la espuma del mostacho que lo ha convertido en miembro honorífico del Club de los Bigotes de la ciudad, una fuente de orgullo para él. En esos momentos tengo ya setenta y tantos años, pero la bondadosa compañía de estos jugadores de cartas hace que vaya menguando hasta devolverme a la infancia. No dura mucho. Entre jugada y jugada, Richard me pregunta si he visto a Lode. Lo mismo podría haberme dado un puñetazo. «No», respondo, y desvío la mirada y me fijo en el sujeto que está sentado a una mesita del otro extremo del local, que me devuelve la mirada sin el menor recato a través de unos gruesos lentes. Me mira como si yo fuera una rata exótica en un nocturnario. Tiene el pelo ralo y va mal afeitado. Me parece reconocerlo, pero es imposible. La última vez que lo vi, yo era un policía de veinticinco años y él —y ahí es cuando se me ponen los pelos de punta— tendría exactamente la misma edad que ahora, unos cuarenta y cinco años. Estoy en uno de los pasi-

llos del cuartel general del Sicherheitsdienst,¹ el servicio de seguridad alemán, que por aquel entonces tenía su sede en una enorme mansión sita en la Della Faillelaan, y estoy esperando algún papel que deben darme y que debo a mi vez entregar a mi inspector. El hecho en sí ya es extraño, porque nosotros no tenemos mucho que ver con la Gestapo. Esos hombres tienen un régimen dentro del régimen. No obstante, en ese momento están empezando a inmiscuirse cada vez más en los asuntos policiales corrientes. Los Feldcapullos no son fáciles, pero esos hombres vestidos de paisano con su abrigo de cuero son harina de otro costal, un paso más en el espectáculo de burda violencia al que nosotros asistimos en primera fila aunque más adelante aseguraremos que apenas vimos nada. La puerta de uno de los despachos está medio abierta. Veo a Hombregafa de pie vestido con un uniforme negro, su gorra descansa ladeada encima de un busto que está sobre el escritorio de roble. Lo veo y lo oigo, a pesar de que de cuando en cuando aparto la cabeza igual que la aparto también en este café. Grita y le tira unos papeles a una mujer, una israelita o la esposa de un israelita. Sí, eso es, está casada con un refugiado de Austria. La conozco, la he visto a menudo en la panadería de la Jacob Jacobstraat, donde suele comprar galletas de queso y adonde yo me acerco a veces por mi padre, porque le gustan mucho los *rugelach*. Reconozco su perfil de inmediato. Ella aparta la mirada de los bramidos que le escupe Hombregafa con su uniforme negro. Él le espeta que ha sabido arreglarlo todo muy bien, que todos los judíos conocen a personas que pueden ayudarlos en tiempos de necesidad, y ten, aquí tienes tus papeles, felpudo

1. «Servicio de Seguridad.»

de un asesino de Jesús, aquí tienes los papeles para él, y ahora tu maromo podrá seguir aprovechándose, no lo meterán en un tren rumbo a algún campo de trabajo, puedes estar tranquila, le grita Hombregafa, puedes estar muy contenta... Ella aguanta con orgullo e incluso le da las gracias mientras recoge del suelo los deseados papeles. La mujer no me mira al pasar por mi lado, pero Hombregafa sí lo hace; él sigue mirándome. Exactamente igual que ahora, en el año 1993, no ha cambiado ni un ápice, quizá se le vea un poco menos atildado, pero la mirada a través de esas gafas de lentes convexas es igualita a la de entonces. Me observa a través de un resquicio en la cortina del tiempo, luego dobla un trocito de cartón y va empujando en dirección a la lengua restos de comida que tiene metidos entre dos dientes, para tragárselos después. «Mírame aquí sentado —me dice sin emitir un solo sonido— y entérate de que te reconozco y que fuiste testigo de un hecho que estuvo a punto de costarme la cabeza, o no: que justamente me salvó la cabeza, porque aquella mujer a la que yo traté con tanta desconsideración accedió al final a declarar en mi favor cuando me encerraron junto a mis camaradas en Harmonie, al lado del Mechelsesteenweg, porque después de todo yo había salvado a su marido; en contra de mis ideas, pero lo hice: lo salvé y eso fue lo que también me salvó a mí al final.»

Mientras Leo protesta a voz en grito diciendo que Richard es un tramposo de primera porque no para de ganar y los demás le dan la razón efusivamente, Hombregafa se pone en pie, se abotona el abrigo y me hace un puñetero saludo con la cabeza antes de salir del local.

—¡Jefe! —exclama Richard, harto de tanta tontería sobre la suerte que tiene en el juego—. ¿Qué hay hoy en el menú?